

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXVI

Enero-Febrero de 1949

Núms. 283-284

Puntos de vista

Una interesante labor cultural

AÑO tras año las puertas de nuestro primer establecimiento educacional se abren en el período estival para dar paso a las juventudes de América que, ansiosas de complementar su educación, buscan en nuestras aulas y en el prestigio docente de nuestros maestros la voz aleccionadora.

Decimos «juventudes de América» sin que nuestra expresión suene a hipérbole. En efecto. En cada nuevo curso el núcleo juvenil crece y se multiplica. Cada alumno, vuelto a su hogar al término de la tarea, es el mensajero verídico y el más útil de los propagandistas. De todos los rincones de América llegan hasta la casa de Andrés Bello y en sus aulas reciben el mensaje de saber y de cordialidad. Cada año ese núcleo es mayor. La Escuela de Verano es, sin duda alguna, una de las actividades que expanden por el hemisferio americano el buen nombre de Chile.

Aquí se profesan unas disciplinas docentes. A lo largo de un mes nutrido de trabajo y de labor seria y reflexiva los estudiantes aprenden a conocernos mejor. Saben de nuestra realidad, se enfrentan, en definitiva, al vivir cotidiano de nuestra patria y, en el contacto, su impresión es la verdadera y la más ajustada a nuestras vivencias íntimas y nacionales.

Los extranjeros nos conocen en la compleja variedad diaria. Los estudiantes de provincias ven aquí un panorama espiritual distinto al que habitualmente contemplan sus ojos.

Pero, a la vez, en esos treinta días de trabajo cultural un

grupo numeroso de muchachos y de profesores conviven amistosamente unos intereses comunes. Norteamericanos, mexicanos, colombianos, peruanos, argentinos y de otras nacionalidades americanas, anudan así unos lazos de cordialidad y de mutua comprensión que en lo sucesivo redundará en un mayor conocimiento de la realidad íntima del vivir panamericano.

Porque si bien los tratados y los acuerdos de índole diplomática son beneficiosos y ayudan a la existencia en común, no deja de ser menos cierto que el contacto directo de las minorías selectas de cada país y de los hombres de estudio es más beneficioso para llegar a ese ideal que desde hace tiempo nutre los mejores espíritus de nuestra América.

De forma que la Escuela de Verano realiza en este aspecto uno de los más interesantes y necesarios trabajos en el orden espiritual. Ello es de una innegable evidencia. Sus frutos se pueden advertir ya. Los dos mil alumnos y profesores que este año se han reunido en las viejas aulas universitarias son, con los antiguos alumnos y profesores de otros años, los adelantados de una cruzada que podríamos llamar bolivariana, sin exceso, por lo que ella tiene de romántico anhelo de confraternidad y de amalgamamiento de los ideales americanistas.

Por este lado es deseable que las actividades de la Escuela de Verano vayan ampliando sus actividades. La Escuela necesita de la ayuda de los poderes públicos. Es indispensable subvenir a sus necesidades económicas, contribuir en forma eficaz a sus tareas para que sus enseñanzas, en vez de reducirse, adquieran un rango y un radio todavía mayor. Para que en los años sucesivos sean ampliados los cursos, para que a los profesores nacionales se unan otros venidos del extranjero, para que puedan concederse mayores becas y bolsas de viaje, para hacer mayor publicidad, para que sea posible aumentar las visitas a centros culturales, a museos, para que puedan ser visitados los rincones típicos del país por los estudiantes extranjeros y para que la labor compleja y dinámica de la Escuela adquiera un ritmo más moderno y eficiente.

Todo lo que las autoridades educacionales hagan en este sentido recaerá en definitiva sobre el buen nombre de nuestra patria.

Por cuanto a los beneficios indicados, beneficios de índole espiritual, debemos agregar los que guardan relación exclusivamente con el desenvolvimiento cultural, tan importantes como aquéllos.

Como señalábamos anteriormente la Escuela de Verano ha reunido en este curso una matrícula de más de dos mil alumnos. Los cursos profesados han sido numerosos y han ido desde el Derecho de la Propiedad Intelectual, hasta los poetas más modernos de España. Desde el Teatro Chileno hasta la Arqueología americana. Desde la Crisis del concepto de literatura hasta Psicología infantil, pasando por todos los aspectos de la filosofía, de la historia, del arte, de la pedagogía y del derecho.

Las enseñanzas han tenido, dentro de esa enorme variedad humanística, una unidad y un desarrollo metódico. La experiencia adquirida en los años anteriores se ha aplicado a resolver las dificultades que tan vasto plan de enseñanza supone. A los prestigiosos profesores nacionales se han sumado maestros y especialistas llegados del extranjero. Los nombres harían interminable esta crónica que sólo aspira a señalar con generalidades la interesante labor realizada por las Escuela de Temporada. Pongamos como paradigma de lo que decimos, como ejemplo de la calidad de esos profesores visitantes, al profesor Guillermo de Torre, uno de los más altos prestigios del ensayismo y de la crítica de España, al historiador argentino Enrique de Gandía y al dramaturgo de la misma nacionalidad, Samuel Eichelbaum, que han profesado cursos de su especialidad y en la cual se destacan en forma brillantísima.

Todo esto es lo que, grosso modo, supone la Escuela de Verano. Señalarlo y llamar sobre ello la atención, es útil y justa tarea.